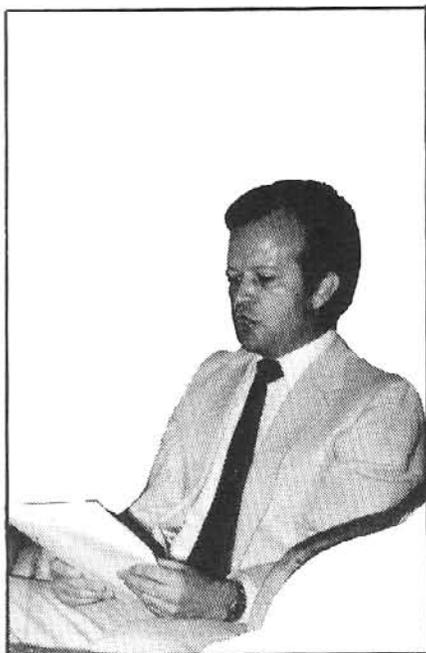

la palabra

escrita*

Carlos Alba Vega**



La creación de esta revista, tan esperada por cierto, es un inequívoco signo de que esta comunidad académica está en camino. Pienso que como símbolo y posibilidad al futuro, puede ser más importante que otras construcciones materiales de la universidad. Es simultáneamente estímulo y sana presión para que los miembros de esta colectividad hagan uso de un órgano de expresión propio.

Al observar el manajo de artículos que hoy se presentan y los que se ofrecen para el futuro próximo, no puede menos que pensarse en dos cosas: que existe una alta motivación entre algunos universitarios y esta los lleva a producir, aun sin contar con muchas facilidades. O bien que el ITESO, al evaluar sus necesidades y sus recursos, ha podido, entre sus prioridades dar más espacio a la investigación. Por quienes escriben en éste y en el siguiente número, y por la temática tratada, puede pensarse que intervienen las dos cosas: la revista se sustenta cabalmente con los propios recursos del ITESO y —salvo algunas excepciones— tiene propósitos más amplios que la sola información. Por individuales o grupales que sean los esfuerzos, la publicación envuelve a esta institución, aun sin que avale el contenido de cada texto.

La primera responsabilidad —ya que no la más importante— es por la continuidad de la edición. Producirla y sostenerla en el tiempo suponen un gran esfuerzo colectivo.

El alumbramiento que hoy presenciamos, algunos como testigos y otros como autores, compromete al ITESO porque como una muestra, es expresión vital, ante la mirada propia y ajena, de lo que es y quiere ser. Representa una puerta, un puente tendido que da acceso al interior de la comunidad. O mejor, un oleaje que con vientos refrescantes o con vigorosas marejadas, puede convertirse, cuatrimestralmente, en flujo y reflujo de la comunidad académica y su entorno. De sus diversas corrientes internas; de sus preguntas, búsquedas y hallazgos; de sus evidentes contradicciones; de su imprescindible pluralidad.

Ojalá que estos *Renglones* que hoy ven la luz, conciten y acrecienten las inquietudes de la propia colectividad universitaria y se deslicen hacia sus egresados y simpatizantes, los interpielen, los acosen, los cuestionen, los inviten. Abran el diálogo y la saludable polémica con los investigadores de la región y de otras latitudes.

Nada más desafiante, por ahora, que estos *Renglones* sean leídos y creen su propio espacio. Eso dependerá, desde luego, del empuje que muestren; de su capacidad crítica y autocrítica, de ofrecerse como una provocación a la imaginación y la creatividad, de presentarse con los hechos como una forma de encarnar y hacer vivo y actuante su compromiso.

Cada artículo supone, por parte del autor, un mundo de experiencias, un pedazo de vida. Significa preferencias y renunciaciones: elección. Puede ser la síntesis de un largo proceso de discernimiento o las primeras líneas en una nueva aventura del conocimiento.

Es un medio privilegiado que vuelca al autor a decir su palabra y a trascenderse. Si el texto sale de un tirón, a borbotones, una noche, un

* Texto leído en la presentación de *Renglones*, 18 de marzo de 1985.

** Investigador de El Colegio de Jalisco.

fin de semana; o es resultado de un largo forcejeo interior sembrado de interrupciones y dudas, afirma, de cualquier manera, esa profunda aspiración de comunicación, de salirse de sí y reconocerse en el otro.

Quizá no sea la soledad, como muchos quieren, la morada de quien escribe o su fuente de inspiración. Hoy se escribe entre la rutina y la prisa y salvo para algunos profesionales de la pluma, un texto en nuestro medio significa tiempo robado al descanso o al sueño. El gran atractivo del placer por el texto con que se unen autor y lectores no puede ocultar el sentido que tiene la palabra en una sociedad como la nuestra: ser vehículo al servicio de algo y alguien, órgano de reproducción cultural; instrumento de transformación social.

La palabra escrita que para algunos puede ser un refugio, es para otros un trabajo angustiante, porque en un contexto como este, exige pensar, imaginar, buscar alternativas.

En el texto el autor expone y al hacerlo, también se expone. Ser simplemente ignorado es uno de los riesgos: dejar inconclusa su palabra por falta de lectores. El otro es resistir la mirada vigilante de quien coteja la coherencia entre lo dicho y lo actuado.

En este sentido, escribir es asumir un compromiso consigo mismo, con los miembros del grupo y la institución a la que se pertenece y con la comunidad de la que se forma parte. Es una forma de cuestionarse a sí mismo y al sistema social en que se está inmerso. De ahí que una de las mayores exigencias que se plantean a quien escribe, es asumir una postura crítica. Distinguir ante la confusión y aclarar ante la oscuridad. Tomar distancia del poder y del dinero para que el lenguaje lejos de adular, legitimar y conformar, cumpla con su cometido transformador poniendo su grano de arena.

Digo esto último no tanto para restar importancia al lenguaje como hecho cultural por excelencia, medio privilegiado que nos da acceso a la cultura de nuestro grupo, nuestra comunidad, nuestro pueblo. El lenguaje es probablemente la más acabada de las manifestaciones culturales. Pero no podemos olvidar que cuando se convirtió en escritura, sus signos expresaron ambivalencia. Fue rescate y conservación de las adquisiciones culturales anteriores pero también fue utilizada, antes que nada, para servir al poder constituido y se convirtió en una manifestación del dominio de unos hombres sobre otros.

Con frecuencia se presenta al escritor y su capacidad transformadora, montados en un pedestal de soberbia. Se concibe a veces él mismo, cuando se siente comprometido, como la conciencia crítica, cuando no la vanguardia de la sociedad. Pero la modesta y sin embargo trascendente contribución del intelectual a un cambio, depende de su capacidad de vincularse con su medio, de recoger las preocupaciones de muchos otros miembros de su pueblo y de expresar los problemas, los deseos, las fantasías y los sueños de su época. Si el analista de la sociedad puede servir como espejo de ella, ésta no es una atribución que le es exclusiva. Significa, simplemente, que escribir es una forma de dialogar, una actitud de horizontalidad hacia el otro, en dos sentidos: descubrirlo como igual, sin importar el lugar que ocupa en la división social del trabajo, y captarlo como diferente; horizonte insospechado de riqueza. ⊕

